

Manualidades en una escuela-cabaña de los valles pasiegos (1985)

Francisca Peña Ruiz



Esta foto me retrotrae más de veinticinco años atrás en el tiempo, pues fue tomada en 1985 en el Barrio de La Sota (San Pedro del Romeral, Cantabria), en la zona de los pasiegos, cuando yo trabajaba en las Escuelas Unitarias dentro del Programa de Educación Compensatoria.

Este programa había comenzado dos años antes, con el gobierno socialista, y el núcleo fundador lo formaban un puñado de maestros que con mucho entusiasmo y dedicación hicieron un estudio del mundo rural y de las necesidades de las Escuelas Unitarias.

Dichas Escuelas se agruparon por zonas y se crearon Centros de Recursos donde acudían los maestros a reuniones y se debatían temas, se elaboraban materiales y se programaban actividades conjuntas para profesores y alumnos, y así contribuir a sacarlos de su aislamiento. También se crearon las revistas *Quima* (que al principio fueron dos hojas), con aportaciones de lo propios maestros y de especialistas en el mundo educativo, y *Peonza*, revista esta sobre literatura infantil y juvenil, que aún persiste; las escuelas de verano; etc.

Mucho se podría hablar de la magnífica labor del Programa de Educación Compensatoria en las Escuelas Unitarias, pero me voy a centrar en la foto.

Varios días por semana nos desplazábamos desde la sede de Santander a las escuelas para llevar materiales educativos y realizar determinadas actividades con los alumnos. Una de mis zonas fueron los valles pasiegos de La Vega y San Pedro del Romeral.

Los niños de la foto iban a la escuela de La Sota, barrio perteneciente a San Pedro. La escuela era una cabaña, y en el dintel de la puerta aparecía la palabra “Escuela” para que el viandante la distinguiera del resto de las cabañas desparramadas por el valle. Allí se afanaban en aprender y convivir dos docenas de escolares, desde los cuatro a los catorce años, muy apiñados porque la escuela resultaba pequeña para tanto niño.

Tan llena estaba la escuela que cuando hacíamos alguna actividad especial con los más pequeños teníamos que salir fuera para encontrar un espacio donde agruparlos, además de para no estorbar la marcha del resto de la clase. El lugar era el porche. Y, como se puede observar en la foto, la atención puesta en la tarea no puede ser más intensa, pues ni siquiera la novedad de ser fotografiados los distraía de su trabajo de recortar para algún mural que estábamos confeccionando.

Los niños de esta escuela eran especialmente alegres y sociables, debido a que las cabañas llamadas “vividoras” estaban muy cercanas unas de otras; eso les permitía comunicarse fuera del horario escolar, a diferencia de los niños de escuelas de otras zonas pasiegas que, debido a la distancia existente entre sus viviendas solo se veían con otros niños y adultos en la escuela, y se mostraban por ello más tímidos y silenciosos.

Esta experiencia es para mí inolvidable, pues cada día que me asomaba por aquellos parajes era como si retrocediera mucho tiempo atrás, cuando aún no había luz ni en escuelas ni en cabañas (de ahí que solo se impartiera clase hasta el mediodía). Los caminos estaban sin asfaltar; aún se veían algunos pizarrines y pizarras sobre las mesas y los niños exploraban con asombro y entusiasmo nuevos materiales escolares; el patio de recreo eran los prados circundantes y algunas escuelas estaban en medio de la nada, apareciendo los niños por diferentes caminos y veredas que les conducían desde sus cabañas, en algunos casos después de caminar varios kilómetros, hasta el refugio siempre tonificante de su escuela.